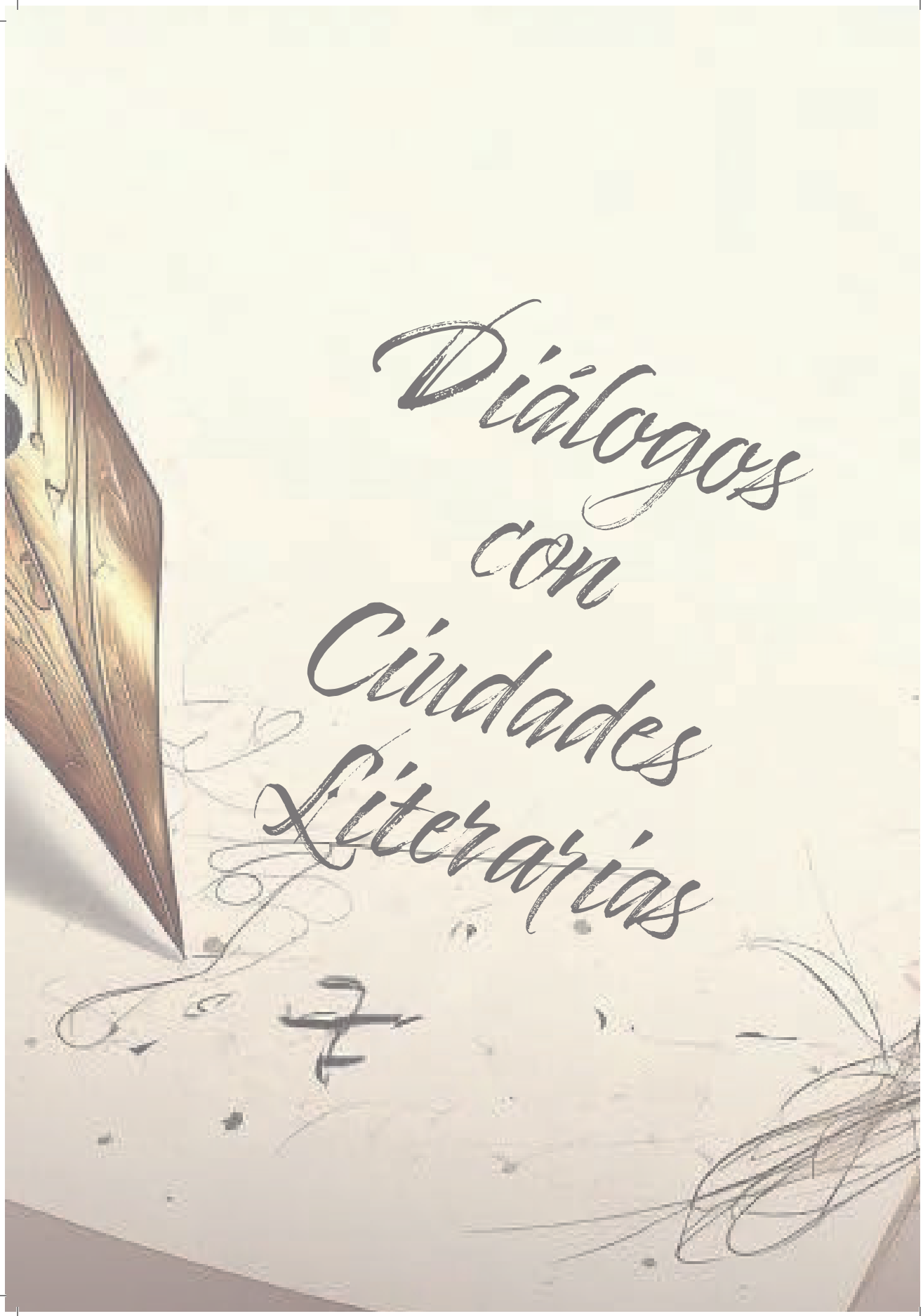
DIÁLOGOS CON CIUDADES LITERARIAS: «CONTEXTO, CREATIVIDAD Y OBRA»

-12 VISIONES DE LA EXPRESIÓN CREATIVA-


Diálogos
con
Ciudades
Literarias

DIÁLOGOS CON CIUDADES LITERARIAS:

«CONTEXTO, CREATIVIDAD Y OBRA»

- 12 VISIONES DE LA EXPRESIÓN CREATIVA -

ANTOLOGÍA QUE GIRA EN TORNO AL PROTAGONISMO DE LAS CIUDADES EN LA ESCRITURA CREATIVA

avant
editorial

Primera edición, abril de 2026

©AUTORES:
Mariel Enciso (1988, Ciudad de México, México)
Nhora Cárdenas (1954, Bogotá, Colombia)
Cristina Ruberte París (1968, Zaragoza, España)
Álvaro Falco (1978, Montevideo, Uruguay)
Julián Luna (1973, Sevilla, España)
Arturo Naranjo (1963, Duitama, Boyacá, Colombia)
Pedro Emilio Ardila (1953, Colombia-Noruega)
Elvira País (Buenos Aires, Argentina)
Marcelo Donato (1956, La Plata, Argentina)
Kildina Veljacic (1969, Montevideo, Uruguay)
León Rico (1978, Durango, México)
Francisco de Jesús Ángeles Cerón (1985, Jacala, México)
Compiladores: Mariel Enciso y Nhora Cárdenas
Prólogo: Francisco de Jesús Ángeles Cerón

Diseño portada: Creació Estudisseny
Josep Molet Rosell
www.josepmolet.com
Redes sociales del libro:
Instagram: @dialogosconlaescritura
Facebook: Diálogos Con la Escritura
Twitter: @dialogosconlaes

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-70-8
THEMA: DNL - DSA - DSK
DEPÓSITO LEGAL:M-11260-2026

AUTORES:

Mariel Enciso (1988, Ciudad de México, México)

Nhora Cárdenas (1954, Bogotá, Colombia)

Cristina Ruberte París (1968, Zaragoza, España)

Álvaro Falco (1978, Montevideo, Uruguay)

Julián Luna (1973, Sevilla, España)

Arturo Naranjo (1963, Duitama, Boyacá, Colombia)

Pedro Emilio Ardila (1953, Colombia-Noruega)

Elvira País (Buenos Aires, Argentina)

Marcelo Donato (1956, La Plata, Argentina)

Kildina Veljacic (1969, Montevideo, Uruguay)

León Rico (1978, Durango, México)

Francisco de Jesús Ángeles Cerón (1985, Jacala,México)

Compiladores: Mariel Enciso y Nhora Cárdenas

Prólogo: Francisco de Jesús Ángeles Cerón

«Las ciudades, como los sueños,
están construidas de deseos y de miedos».

Ítalo Calvino, ***Las ciudades invisibles***



PRÓLOGO

Ciudades invisibles, ciudades legibles, ciudades que interpelan.

Por un instante —lo que dura una respiración contenida al pasar una página— la ciudad se convierte en libro, y el libro, en una ciudad que respira. Hay un rumor antiguo, apenas audible, que recorre las avenidas del pensamiento europeo y latinoamericano: la sospecha de que las ciudades no se fundan con piedra, sino que erigen sus cimientos a través de las palabras. Roma fue antes que nada una narración épica; Jerusalén, indudablemente una plegaria; París, una novela en voz baja; Tenochtitlán, una profecía labrada con el Sol. La urbe nace allí donde alguien, alguna vez, dijo aquí, y esa palabra, grabada en la tierra como en un pergamino, fue la primera sílaba de una ciudad por venir. De una Historia por hacer.

George Steiner, cuya prosa era ella misma una forma de arquitectura espiritual, lo sabía bien. En *La idea de Europa* sugería que todo continente, toda cultura, toda comunidad que se pretenda pensante, comienza en el acto de caminar mientras se conversa, de leer mientras se bebe un café, de escribir mientras se escucha el rumor de una calle y se prepara en silencio una revolución. Esa Europa que él evocaba era una ciudad infinita, hecha de cafés, cementerios, bibliotecas y catedrales; una ciudad donde el alma no puede evitar transformarse en texto. Pero ¿qué

ocurre cuando desplazamos esa misma idea —esa intuición civilizatoria— a nuestras propias coordenadas latinoamericanas?

Este libro, *Diálogos con ciudades literarias*, ofrece una posible respuesta. No una respuesta definitiva, sino una constelación de aproximaciones, una polifonía que evoca en cada página, la melodía interior de las ciudades que piensan, que recuerdan, que escriben y que ayudan a vivir. Porque hay urbes que tienen memoria, y otras, más afortunadas todavía, que tienen estilo que con generosidad contagian. Las ciudades literarias no son aquellas que simplemente sirven de escenario a un buen drama. Son aquellas que han sido soñadas, maldecidas, escritas, olvidadas y resucitadas por generaciones de autores y lectores que recrean una comunidad en torno a ellas. Son urbes que vibran no sólo con el tráfico o el bullicio de sus habitantes y paseantes, sino con el temblor invisible de las metáforas que resguardan. La Ciudad de México, Bogotá, Lima, Buenos Aires, Cartagena, Madrid, París o Montevideo, son más que capitales: son textos capitales que nos interpelan como en una melodía infinita y que en todos sus acordes nos convocan a vivir.

La ciudad, en su sentido más pleno, no se deja aprehender a través de los mapas o los censos. No basta su topografía, sus coordenadas, su altitud o su número de habitantes. Para comprenderla, para habitarla en el sentido más radical del verbo, hay que aprenderla a leer. Cada calle tiene una sintaxis, cada barrio comparte un tono, cada plaza esgrime un argumento que se despliega lo mismo en el inicio de debate que en la última línea de un maravilloso cuento. La literatura no es el espejo de la ciudad; es más bien su médula. No la adorna: antes bien, la explica. La revela. La sostiene.

Proust necesitó siete tomos para reconstruir una habitación, una conversación, un gesto que pudiera trascender el tiempo.

Alfonso Reyes, echó mano de tres páginas para condensar milenios de historia mexicana en una sola mirada cuando el espíritu del regiomontano se quedó prendado del valle de Anáhuac. Entre ambos —y entre tantos otros— se dibuja un principio: escribir una ciudad es también resistir su desaparición.

Porque cada vez que se escribe sobre una ciudad, se la salva por un instante de su posible disolución en el anonimato del ruido. La escritura —ese arte tan viejo como las piedras y tan leve como el humo de un puro encendido en La Habana vieja— fija lo efímero, suspende el olvido y convierte el instante urbano en una muestra clara de la duración estética. Por eso las ciudades más intensamente narradas son también las más reales, aunque hayan sido reinventadas una y otra vez: la Dublín de Joyce, el Buenos Aires de Borges, la Bogotá de Mendoza, la Ciudad de México de Salvador Novo y Octavio Paz.

Y es que no hay ciudad sin poeta que la nombre, sin cronista que la capture, sin un novelista que la cuestione. Pues incluso las ciudades que aún no han sido escritas son también una secreta espera. Una invitación para leerlas. Una página en blanco que está pidiendo voz. Por eso hay un momento, casi místico, en que la literatura no sólo describe la ciudad, sino que también la funda. Como en la «Fundación mítica de Buenos Aires» de Borges, o en las visiones poetizadas de Novo, donde la urbe se convierte en una comedia, en una ironía, en un teatro barroco. O como en los versos de José Asunción Silva, que hacen de Bogotá una sala de espejos donde el alma se contempla y se descompone: donde el alma se pierde para volverse a encontrar. De ahí que la literatura no visita la ciudad, sino que la construye desde adentro.

La ciudad como texto, la literatura como arquitectura invisible, es la premisa de toda literatura que transforma las calles y los cafés, los cementerios y los edificios en una interpelación.

Esta es la ecuación secreta que sostiene este libro. En cada «diálogo» con las ciudades aquí invocadas, hay una tentativa —a veces lírica, a veces nostálgica, otras veces crítica— de escuchar el murmullo subterráneo de la palabra urbana. Y ese murmullo, como todo lo que importa, no se da por altavoz. Se da en clave baja: como se dicen las palabras del amor más pleno. Hay que detenerse. Escuchar. Tocar. Leer.

Este prólogo, pues, no busca explicar las ciudades literarias. Sería absurdo siquiera intentarlo. Las ciudades literarias nos recuerdan que no hay que traducir el misterio: hay que animarse a habitarlo. Por eso, lo que intento aquí es solamente abrir una puerta. Una puerta que, como en los cuentos de Italo Calvino o de Juan Rulfo, puede no estar en ningún lugar físico, pero que de igual manera se intuye, se roza, se presiente. Una puerta que da acceso a una ciudad que no está en los mapas, sino en los libros que son su verdadero picaporte.

Por ello, hay alfabeto secreto que da sentido a las ciudades. Está bajo las laberínticas calles de aquellas urbes que nos enseñan a hablar, así como también sobre las bancas de los parques de esas otras ciudades que, más secretamente aún, nos enseñan a callar y a ser faro en mitad del ruido. Una ciudad puede leerse como se lee un poema: verso a verso, edificio a edificio, palabra a palabra, silencio a silencio. No hay ciudad que no tenga su pausa, como no hay verso sin respiración. El ruido es necesario, claro, pero es el silencio el que nos permite comprender. Quizá por eso, cuando llegamos por primera vez a una ciudad desconocida, lo más sabio no es preguntar por las direcciones, sino aprender a demorarse en sus aceras. Escuchar cómo cae la luz sobre los muros. Descifrar la sintaxis de las sombras. Leer el lenguaje del musgo entre las piedras.

Pues el urbanismo también tiene una gramática. Hay ciudades cuya puntuación se hace con torres inacabadas que flanquean sus campanarios, otras que usan marquesinas o antenas de telecomunicación. Hay oraciones subordinadas en sus pasajes angostos. Paréntesis en sus patios interiores. Exclamaciones en sus avenidas. E invariablemente, un poema que no termina de escribirse en sus plazas y azoteas.

La ciudad, entonces, no es sólo el lugar donde ocurre la literatura. Es también una forma de pensamiento. Un laboratorio de formas. Una coreografía de la conciencia. Por eso no es casual que las grandes utopías del pensamiento político se hayan imaginado decididamente como ciudades. La poli griega fue, al mismo tiempo, espacio físico y categoría moral. Para Platón, la ciudad justa era un espejo del alma bien ordenada. Y en los albores de la modernidad, Moro, Campanella o Bacon soñaron urbes que no existían, pero que ayudaban a pensar lo que sí se requería. ¿Acaso no hacemos lo mismo los lectores cuando entramos en un libro como quien entra en una calle por primera vez? Hay novelas que se transitan. Hay cuentos que se cruzan como puentes. Hay poemas que son callejones sin salida donde la belleza duele, pero no estalla.

Leer una ciudad, lo mismo que escribirla, es un acto de piedad de la memoria. Pero no de esa memoria que enumera nombres y fechas —sino la otra, la verdadera: la que se filtra como agua entre los poros del presente—. Cada ciudad tiene su forma de recordar. Hay urbes que recuerdan en piedra (Atenas), otras a través de los colores (Venecia), otras en conversación con sus ruinas (Cartago), otras por la benevolencia que hay en sus canciones (La Habana). Nuestra América Latina recuerda en clave literaria.

Lo dijo Alejo Carpentier: «América es un continente que empieza en la novela». Y en esta afirmación, más que una metáfora, hay una radiografía del alma continental. Lo que Europa depositó en catedrales y tratados, nosotros lo hicimos en cuentos, en las canciones de José Alfredo y de muchos y hermosos boleros, en papeles mal doblados y en libros con márgenes roídos que ayudaban a soñar. Porque fuimos, y aún somos, una cultura que se ha narrado a sí misma para no desaparecer.

La Ciudad de México no existe sin Novo, sin Pacheco, sin Reyes. Bogotá no se entiende sin Silva, sin Mendoza, sin Rivera. No porque estos escritores la describieran —eso sería reduccionista—, sino porque pudieron conversar con las ciudades como en sobremesa que jamás acaba. Las destilaron. Les pusieron música, rabia y desvelo. Y así, cuando caminamos por la Roma o por La Candelaria, nunca caminamos solos: vamos acompañados por un rumor de palabras que no son nuestras, pero que nos contienen como si las hubiésemos pronunciado nosotros por primera vez.

Y es que hay algo profundamente moral en esta relación entre ciudad y literatura. George Steiner decía que la literatura nos hace responsables. No solo lectores sino testigos. Y esto es así porque cuando una ciudad es escrita con verdad, sus cicatrices se vuelven visibles. La literatura no embellece la ciudad, más bien sucede que la ilumina. No la redime, pero la interroga. Por eso, los grandes textos urbanos —los verdaderos— no se contentan con repasar postales. Nos enfrentan a las sombras. Al hedor del metro. Al racismo de las aceras. A la gentrificación como violencia estética. Al miedo que cruza ciertas calles. A la nostalgia por el barrio que ya no existe. Y también —sí, también— a la ternura de una lámpara encendida tras una ventana: donde el amor y la

esperanza y el grito por la justicia, nacen al mismo tiempo, como frutos de una misma pasión.

Luis García Montero lo dijo alguna vez de manera hermosa: «La literatura es la defensa de las derrotas cotidianas». Y las ciudades, esos enormes cuerpos vulnerables, están hechas precisamente de eso: derrotas cotidianas. La banca rota en un parque. El árbol talado. El cine demolido. La librería que cerró. La plaza donde se amaron dos personas que ya no están. Cuando escribimos una ciudad, escribimos su herida. Pero también su promesa. La literatura no solo recuerda lo que fue. Es también una forma de decir lo que aún puede ser.

Hay ciudades que escriben su nombre en la historia. Y otras, más hondamente aún, que escriben su nombre en el corazón de quien las recorre. En este libro, cada ciudad es al mismo tiempo escenario, personaje y argumento. Son ciudades vivas, heridas, gloriosas, contradictorias. Ciudades hechas de acentos y de silencios. De gritos y de rezos. De pasos y de palabras. Ciudades como páginas. Páginas como plazas.

He aquí, lector, la belleza mayor de estos *Diálogos con ciudades literarias*: que son textos que no buscan ofuscar con datos ni recorrer los lugares comunes del turismo cultural, sino que avanzan —como debe hacerlo todo ensayo honesto— al ritmo de una conversación interior. Son textos caminados, pensados con los pies, narrados con el alma. Tienen los ojos de quien ha mirado mucho y el oído de quien ha escuchado más. En su interior, la ciudad no es un decorado: es una forma de la conciencia. Es un estado del lenguaje. Es una patria íntima que los autores y autoras han decidido compartir. Y entonces, como en todo buen poema, lo que nos conmueve no es sólo lo que se dice, sino también lo que se calla, porque ahí habita ese acto de respiración que nos recuerda lo que es vivir.

Pues toda ciudad literaria es también una elegía. Una forma de nombrar lo que se pierde mientras ocurre. Las ciudades se desgastan igual que los adjetivos. Se oxidan como los sustantivos usados en exceso. Una plaza puede volverse invisible si nadie la recuerda en voz alta. Un barrio puede desaparecer sin grito si nadie lo vuelve a escribir. La ciudad, del mismo modo que el poema, sólo sobrevive si alguien, alguna vez, la nombra con amor y exactitud.

Este libro lo sabe. En sus páginas, las ciudades no son cápsulas de historia ni vitrinas patrimoniales. Son cuerpos vivos que se atreven a habitar. Y como todo cuerpo, se enferman, se transforman, se duelen y se estremecen con la misma intensidad. Cada autor que aquí escribe lo hace como quien sostiene un cuaderno un momento antes de que ocurra el derrumbe: con urgencia, pero también con dignidad. Porque escribir sobre una ciudad es, en último término, resistir a su muerte por omisión. Por eso no todo es pérdida.

La literatura —cuando es honesta consigo misma— sabe que toda ruina puede ser semilla. Y que toda herida, si se escribe bien, puede enseñar a otros a cuidarse. Este es el consuelo de la escritura: que no repara lo que se ha ido, pero lo convierte en materia fértil para quien viene detrás. Las ciudades no terminan. Las ciudades se transforman en estilo. Y así en cada frase que retrata una calle, hay un intento de consagrarla al tiempo. En cada metáfora sobre una avenida, hay un pacto tácito con el porvenir. A veces, la palabra le gana a la piedra. Un poema sobre la Alameda central o sobre el misterio de Montserrat puede durar más que las baldosas. Y quizá ahí resida toda esperanza: en el gesto mínimo de quien anota, en el cuaderno de la intemperie, que la ciudad no es sólo lo que ha sido, sino lo que puede aún llegar a ser.

Escribir una ciudad, por tanto, no es solo contemplarla. Es cuidarla. Es custodiarla. Y también: corregirla. Imaginarla mejor. Compartirla. Hacerla, como quería Calvino, más «ligera, exacta, múltiple, visible, consistente». Todo esto exige tiempo. Exige presencia. Escribir una ciudad como se debe es lo contrario a consumirla. No basta con habitarla ni con recorrerla. Hay que entrar en su gramática secreta. Hay que afinar el oído al murmullo de los oficios perdidos, a la tristeza que se filtra entre vitrinas cerradas, al esplendor íntimo de los rostros anónimos. Hay que leer a sus poetas con los pies puestos en la acera.

Y hay que aceptar, con humildad, que la ciudad perfecta no existe. Pero que escribirla es una forma de acercarse a ella. Pensemos por un momento en las ciudades que no están en este libro, pero que lo atraviesan. En las esquinas sin nombre. En las calles secundarias que no tienen estatua. En los pueblos que ya no figuran en los mapas, pero que viven en una estrofa, en una carta antigua, en un café donde alguien recita un verso de Pacheco o susurra a Silvia Plath. En una biblioteca donde alguien comprende el exilio metafísico, «el sentimiento trágico de la vida» o «el silencio eterno de los espacios infinitos», gracias a Unamuno o a Pascal. Esos lugares también son literatura. Son literatura que aún no tiene forma, pero que nos mira desde la niebla del futuro.

¿Qué pasará con nuestras ciudades en cien años? ¿Se hablará aún de librerías? ¿Se recordarán los parques como espacios de lectura? ¿Habrá cafés donde los poetas se demoren? ¿O estaremos condenados a vivir en simulacros de ciudad, sin memoria ni palabra, sin libros que nos miren desde las estanterías? No lo sabemos. Pero si hay esperanza —y la hay— está en lo que hacemos aquí y ahora. En este gesto de detenerse, mirar y escribir. Porque leer una ciudad no es sólo ejercicio de sensibilidad. Es

también, y sobre todo, un acto político. Una forma de devolverle a la vida su espesor, su lentitud, su humanidad.

¿Puede una ciudad pensarse a sí misma como una comunidad de lectores? Yo me atrevo a creer que sí. ¿Puede nuestra América, nuestra ciudad latinoamericana, pensarse todavía como una comunidad que lee, que recuerda, que crea? Creo que si no fuese así no podríamos ya reconocernos en ningún espejo. Quien lee en silencio una ciudad está sosteniendo tímida y decididamente toda la Historia. Algunas respuestas a estas preguntas —dudosas, temblorosas, persistentes— están aquí, en estas páginas. En estos *Diálogos con ciudades literarias* que son mucho más que un homenaje: son una declaración de afecto, una cartografía íntima, una propuesta de andar y recordar el mundo. No el mundo que tenemos, sino el mundo que merece ser nombrado.

Al cerrar este prólogo, no concluyo. Como toda ciudad viva, el texto queda abierto. Habrá otros autores. Otros cafés. Otras formas de escribir la ciudad. Pero si de algo estoy seguro es de esto: toda ciudad, toda literatura verdadera que dialoga con una ciudad, empieza con un gesto: alguien que mira con hondura. Alguien que escucha con ternura. Alguien que escribe como si fuera posible —todavía— salvar aquello que de verdad amamos.

Por Francisco de Jesús Ángeles Cerón



Biografía:

Francisco de Jesús Ángeles Cerón

Nacido en Jacala, México, es doctor en Estudios Hispánicos. Lengua, Literatura, Historia y Pensamiento por la Universidad Autónoma de Madrid. Es licenciado y maestro en Filosofía por la Universidad Autónoma de Querétaro. Sus intereses se concentran en las relaciones entre Filosofía y Literatura, el pensamiento filosófico moderno, fenomenología contemporánea y el pensamiento hispánico. Es Profesor en la Facultad de Lenguas y Letras de la Universidad Autónoma de Querétaro, donde se ocupa de las cátedras de Epistemología, Poética, Retórica y Filosofía del Lenguaje. Ahí mismo es actualmente Responsable del Proyecto de Investigación «La literatura de Unamuno y la Modernidad». Es Miembro de la Asociación Filosófica de México y Miembro de la Red Internacional de Estudios Cruzados sobre la Modernidad que agrupa académicos de importantes universidades de América y Europa. A propósito de ello, ha realizado estancias de investigación en Universidades como la UNAM, la Universidad Autónoma de Madrid y La Sorbona de París. También ha participado en numerosos Congresos nacionales e internacionales dedicados a temas relativos a su disciplina y otras afines. Ha publicado artículos en diversas revistas especializadas indizadas en diferentes países. Del mismo modo es coautor de los volúmenes colectivos: *El*

pensamiento filosófico (Siglo XXI, México, 2007), *Identidad y diferencia* (Siglo XXI, México, 2009), *Descartes vivo* (Anthropos, Barcelona, 2007), *Unamuno, moderno y antimoderno* (Fontamara, México, 2013) y *¿Para qué sirven los Estudios Literarios?* (Anthropos, Barcelona 2014); es autor, además, de *Descartes y Pascal. El trasfondo espiritual de la filosofía moderna* (Fontamara, México, 2015). *Una poética del pensamiento. Ensayo sobre el lenguaje y la creación* (2018) y *La novela de Unamuno. Un estilo de escritura y pensamiento* (2023). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México, nivel I. Además de realizar su trabajo académico, se desempeña como *storyteller* y consultor en las áreas de generación de narrativas y toma de decisiones para organismos públicos y privados.